

**Apuntes. Asesinato de la patria futura.  
El alcohol y los niños. O no beber más o no  
engendrar más\***

Estas palabras que ahora salen, en signos rápidos, de mi pluma, no serán agresivas, serán reflexivas y, más que eso, compasivas. Salen antes que de la pluma, del fondo de piedad que llevamos los hombres en la conciencia y en el que escondemos, para sacarlo cuando el combate de la vida nos lo permite, un alto sentimiento: el altruismo. El deseo de ayudar a los demás en las vicisitudes del vivir, nos asalta cada vez que contemplamos cómo un grupo humano se desune de los vínculos que lo atan a otro más poderoso, y se retrasa, débil y quebrantado, en el camino del progreso. Caminamos los fuertes, los bien armados, los aptos, por entre las escarpaduras y obstáculos; caminamos, venciendo, hacia arriba; sintiéndonos los codos en apretada falange. Y, de pronto, al volver atrás la vista, percibimos que allá abajo quedan muchas miserias, muchas abyecciones, muchos sufrimientos, que no pueden seguirnos porque se han aflojado o roto los lazos que nos unían a esos oscuros infortunios. Una gran misericordia nos da aliento y firmeza. Y bregamos por atar las desprendidas uniones, por robustecer los debilitados vínculos, por avanzar, arrastrando a la masa doliente, tirando de ella para elevarla hasta la altura desde la cual nosotros alcanzamos a distinguir en el remoto horizonte,

---

\* Luis G. Urbina, *Curioso*, "Apuntes. Asesinato de la patria futura. El alcohol y los niños. O no beber más o no engendrar más", *El Imparcial*, t. XXIII, núm. 4041 (24 de octubre de 1907): 2. Urbina reeditó este texto, apenas modificado, en *Psiquis enferma* (México: El Libro Francés, 1922), 127-132.

una línea de aurora ideal, tal vez un largo día de libertad y de justicia. Y nos preguntamos: ¿qué, los que se debaten allá abajo, en crispaturas infernales, son los inadaptables, los inútiles, los que no traen a la existencia más que su apetito de bestia, su alarido de dolor, su angustia selvática e inconsciente, sus pavores ante las fatalidades del misterioso destino?

\*\*\*

Pensamientos impregnados de compasión, preguntas llenas de melancolía, picaron e irritaron mi cerebro. ¿Por qué? La causa es muy sencilla. La lectura de la cuestión de actualidad en los periódicos me sugirió estas ideas sombrías.

Mi mente, como suele, fue más allá de las líneas impresas. La embriaguez, desde el punto de vista penal, recuerda el otro problema muy arduo entre nosotros: la embriaguez desde el punto de vista social.

Nuestro pueblo está terriblemente enfermo de alcoholismo crónico. Este pueblo triste que lleva el sello de seculares sumisiones se hunde lentamente en el vicio, como en un fangal pavoroso y traidor. Quizá cuando, tocado de milagroso anhelo quiera salir de él, sufrirá la muerte horrible del viajero de Hugo, que, debatiéndose por regresar, sentía cómo a cada movimiento se lo tragaba la implacable arena...

\*\*\*

Pero nuestro pueblo no se da cuenta de que lo devora lentamente el fango de la embriaguez. Su dipsomanía se

solaza en delirios de combate, en furores de lucha y en viejas e incurables tristezas: son los sentimientos antiguos, los impulsos primitivos que reaparecen, con exaltaciones insanas, en el alma colectiva.

Generación por generación la embriaguez, como un árbol nutrido por el rico terruño, extiende por abajo sus raíces y por arriba abre sus frondas en plenitud de savia.

Observad la fisonomía de la muchedumbre, hace gestos de alcohólico; a las alegrías intempestivas, a los arrebatos febriles, suceden los abatimientos silenciosos, los descoyuntamientos enfermizos. Las energías populares no son constantes ni fisiológicas; son, por el contrario, intermitentes, neuróticas, artificiales. Nuestro pueblo está sintiendo ya la misma necesidad del envenenado por el aguardiente: beber para recobrar las fuerzas; fustigar el organismo abatido con el látigo de fuego del alcohol.

De ahí la degeneración física, intelectual y moral de que da signos acentuados día por día. Las disposiciones gubernativas encaminadas a detener el mal, no han pasado de la epidermis, no han penetrado aún en la llaga, no han extraído una gota del virus mortal.

Y es que la infección está en las entrañas sociales, y allí hay que atacarla con enérgicas y atrevidas operaciones de cirugía moral. Las cantinas y las pulquerías se cierran; las comisarías se tranquilizan, pero las ventas de pulque y de alcohol han aumentado, o por lo menos permanecen las

mismas, y los delitos de sangre apenas disminuyen, de un modo casi imperceptible, su elocuente cifra roja.

Sólo un pueblo como el nuestro, de vigores extraordinarios, ha podido resistir, todavía en pie, los efectos de su larga intoxicación. Trabajador y resistente, presenta ya, sin embargo, síntomas alarmantes de debilitamiento. ¿Por qué, con frecuencia, un jornalero mexicano tiene una labor de rendimiento menor a la de un jornalero extraño? Muchas veces, las más, por la inferioridad fisiológica a la que lo condenaron, con el vicio propio, el vicio de los antepasados: ¡Trágica herencia; morbo inmortal, destructor y tremendo!

Pero no es en las pulquerías, ni en las cantinas ni en las comisarías, donde se ven mejor las destrucciones y las degeneraciones del alcoholismo, es en las escuelas. La naturaleza es impasible, es insensible, es impía... ¡No!, es justiciera, tiene las supremas, las inflexibles justicias: nadie puede, sin castigo, vulnerar sus leyes. Sólo así, implacable y admirable, se defiende y nos defiende; sólo así salva y purifica la vida.

Los impíos y los crueles somos nosotros: los niños, nuestros niños mexicanos, están heridos de muerte, están débiles, están tristes, están pobres de sangre y de altura, y comienzan a sufrir taras y deformidades en su mentalidad y en su sentimentalidad. El niño mexicano se ha distinguido siempre por la comprensión rápida, por la agilidad intelectual, y por una predisposición afectiva que lo inclina a

la ternura. La voluntad es la que debe educársele y afirmársele en la escuela, porque los mexicanos tenemos muy escasa la facultad volitiva...

Y bien, se están perdiendo los rasgos distintivos de nuestros niños: el entorpecimiento cerebral, la atrofia sentimental, la ausencia de la voluntad comienzan a aparecer y son síntomas que deben llenarnos de pavor. El cuerpo y el espíritu de nuestros niños sufren una dolorosa anemia.

Los educadores que ven esta crisis peligrosa han de sentirse horrorizados. La escuela lucha por destruir los gérmenes de la locura, de la imbecilidad y de la muerte, que amenazan con hacernos desaparecer en unas cuantas generaciones de niños enfermos; mas la escuela será impotente si la dejan sola en este combate del bien y del mal. Nos ahogamos en este mar ardiente del vicio. La embriaguez crece como una marea y llega a las lindes lejanas del futuro. Vamos a ahogar también al porvenir en alcohol. El pulque, como los soldados de Herodes, está degollando a los inocentes.

Vosotros, los que estáis arriba, empujad; que suba este grupo humano que perece en la agonía de un trágico envenenamiento; tirad, con todas vuestras fuerzas, clases directoras, que allá abajo está la patria de mañana.

Es preciso que los padres no beban más o no engendren más. Es un gran crimen asesinar a las generaciones que

vienen, pero lo es también contemplar con insensata  
indiferencia este asesinato.

*Curioso*